

hasta ponerse cerca del francés, y dando vista á Pavía.

Saludaron los franceses la aproximacion de los imperiales con una salva de cincuenta cañonazos. El rey Francisco reunió su consejo de generales para resolver lo que debería hacerse. Los mas opinaron por atrincherarse en algun punto bien defendido, esperando que la falta de recursos y la desesperacion acabarían por disolver el ejército enemigo sin necesidad de combatirle. Pero Bonnivet, que parecia el hombre destinado á perder la Francia con sus consejos, insistió en que se diera el combate, representando el mal papel que hacia un rey de Francia al verse á la vista de un enemigo inferior en fuerzas. El marqués de Pescara tomó el sistema de reposar de dia é incomodar á los franceses todas las noches con rebatos, alarmas y falsos ataques que no los dejaban descansar. Asi los tuvo cinco ó seis noches seguidas, hasta que llegaron á no inquietarse por aquellas aparentes embestidas, y cuando conoció que estaban ya desapercebidos por lo confiados, una noche los acometió de veras, penetró dentro de sus bastiones hasta su plaza principal de armas, mató mucha gente, recogió algun botín, y se volvió á salir con sus pocos españoles sin perder apenas un soldado. Estas acometidas las repitió algunas noches <sup>(1)</sup>. Ya con esto empezó el

(1) «Una noche, viéndome algunas banderas, aunque fortificadas, fuera de la frente de todo el ejército, pedí licencia para dar en ellas al duque y visorey: ovieronlo por mucho bueno; y asi fui con doce banderas de españoles, y creo que les matamos

monarca francés á temer aquellos mismos á quienes antes con tanta arrogancia habia retado, y á fortificarse mas y escusar la batalla, esperándolo todo de la falta de víveres y de dinero, asi en el campo imperial como en Pavía.

En efecto, la escasez en el campo de los españoles llegó á ser tal, que no solo faltaba al soldado lo indispensable para el sustento de la vida, sino que no habia de dónde ni por dónde pudiera venirles, y en vano se destacaban gruesas partidas á buscar qué comer, pues volvían desfallecidos sin encontrar ningun género de comida. En tal estado se celebró consejo general de capitanes. Los unos proponian ir á Cremona, donde hallarian vítuallas, los otros dirigirse á Milan, y los otros marchar sobre Nápoles. Acudió entonces el marqués de Pescara á los recursos de su enérgica oratoria, que nunca habian dejado de ser eficaces, y les dijo: «Hijos míos, no tenemos mas tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros piés; todo lo demas es contra nosotros: todo el poder del emperador no bastaria para darnos mañana un solo pan. ¿Sabeis donde le hallaremos úni-

obra de ochocientos hombres, aunque por otra escribí á V. M. seiscientos. La noche tras esta me llegué al alojamiento de los tudescos con toda la arcabuzeria española, y aunque no quise que entrasen, que bien lo pudieran hazer, desde su reparo les matamos obra de trescientos hombres á arcabuzazos: y algunos dias antes los de Pavía dieron en cinco banderas de Juanin de Médicis, las quales tomaron, con muerte de mas de quinientos hombres de los suyos...»—Parte de la batalla de Pavía, dado al emperador por el marqués de Pescara, el mismo dia 24 de febrero.

»camente? En el campo de los franceses que veis allí.  
 »La otra noche en la entrada que hicimos pudisteis  
 »ver la abundancia de pan, de vino y de carne que  
 »habia, y de truchas y carpiones del lago de Pescara,  
 »y los otros pescados para mañana viernes. Por  
 »tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener  
 »que comer, vamos á buscarlo allí; y si esto no os  
 »parece bien, decídmelo para que yo sepa vuestra  
 »voluntad.»—«Esto es lo que deseamos, contestaron  
 »á una voz los soldados, y no debeis pedirlo con lá-  
 »grimas, sino decirlo con resaca, y no lo dilateis  
 »mas, que cada hora se nos hara mas.»

Aquella misma noche dió el marqués á todos los cuarteles la órden siguiente: que todos se vistieran la camisa sobre el uniforme; que los que tuvieran mas de una les dieran las otras á los tudescos; que los demas se hicieran capotillos de las sábanas y de las tiendas, y sombreretes blancos de papel los que pudiesen para que fueran todos conocidos <sup>(1)</sup>; y que

(1) En la citada Relacion se dan muy curiosas noticias sobre las vestimentas que llevaba cada cuerpo del ejército, y sobre los trages y divisas de sus caudillos y capitanes. «Las camisas, dice, iban cogidas las mangas sobre el codo, y las haldas á las cinturas, y todos con vandas de tafetan colorado sobre las camisas.» La infantería alemana «llevaba sobre el coselete ó camisa una capilla de fraile francisco, de que mucho reian el visorrey é aquellos señores.» *El virey* «iba muy bien ar-

mado con unas armas doradas y blancas; en el almete un penacho muy hermoso, colorado y amarillo; llevaba un sayo de brocado é raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bien encubertado, é todo de la mesma devisa.» *El duque de Borbon* «llevaba un sayo de brocado sobre un fuerte arnés blanco sin otra devisa ninguna.» *El marqués del Vasto*, «uno de los mas apuestos caballeros que en nuestros tiempos fué visto, iba armado de unas armas de veros azules y doradas muy

á una hora dada pusieran fuego á los pabellones y chozas, para que los franceses pensáran que huían y salieran de sus fuertes. Hecho todo así, movióse antes de amanecer y se puso en marcha el ejército. Avisado el rey Francisco de la grande hoguera que se veia en el campo de los imperiales, «eso es que huyen, respondió; preparar las armas para cuando venga el día, y los seguiremos hasta desbaratarlos ó arrojarlos de todo el estado de Milan.» Cuando asomó el alba, ya los imperiales habian derribado parte de la tapia de un parque que habia delante de Pavia, y colocádose en el centro de todo el campo de los franceses. Ordenados los escuadrones, y cuando el sol comenzaba á resplandecer, se divisó á la izquierda el grande ejército francés, en el cual iba el rey Francisco en persona, acompañado del príncipe de Escocia y del príncipe Enrique de Albret de Navarra, el duque de Alenzon, cuñado del rey, el almirante de Francia Bonnivet, el señor de La Paliza, el virey de Borgoña, y otra multitud de príncipes y altos personajes, tan aderezados de armas y atavíos, «que lo

bien labradas; una pluma en el almete, blanca y encarnada, muy hermosa, y un sayo de tela de plata, en un caballo castaño; una camisa muy rica con un collar de muchas piedras y perlas.» *El señor Alarcon* «iba bien armado con unas sobrevestas de terciopelo negro, sin otra devisa ninguna.» *El marqués de Civita de Santangel*, «sobre las armas un sayo de

carmesí pelo, y los paramentos del caballo lo mismo.» *El marqués de Pescara* «iba armado de una celada borgoñona sobre un hermoso caballo terdillo que llamaba el Mantuano: no llevaba otra devisa sino la comun, y unas calzas de grana, y un jubon de carmesí rasó, con una camisa rica de oro y perlas.»

de los nuestros, dice el autor de la relacion era muy gran pobreza.» El ejército que mandaban era tan numeroso, que al decir del mismo testigo ocular, «pareció estar allí todo el mundo junto.»—«¿Pensais, les dijo el marqués de Pescara á los suyos, que es poca arrogancia la de estos borrachos, que han hecho al rey de Francia dar un bando para que no dejen un español á vida sopena de perder la suya? ¿Si creerá que nos tiene las manos atadas?» Al oír esto bramaron los españoles de corage, y juraron morir antes que rendirse, y no dar á nadie cuartel; y este ardor fué el que se propuso inspirarles el marqués de Pescara con aquel dicho.

«Jamás, dice un historiador inglés, llegaron á las manos dos ejércitos con mayor furor; jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por odio, y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte se veía á un soberano valeroso y jóven apoyado por una nobleza generosa, seguido de súbditos cuyo ímpetu crecía por la indignacion que les causaba una resistencia tan constante, y que peleaban por el triunfo y por el honor. Por otra un ejército mejor disciplinado, dirigido por mas espertos generales, que luchaba por necesidad con aquella rabia que la desesperacion inspira.» Terrible fué la primera arremetida de los franceses, rompiendo un escuadron imperial y matando la mayor parte. Tomaron

tambien pronto su vieja y escasa artillería, lo cual les bastó para gritar: «¡victoria! ¡victoria! ¡Francia! ¡Francia!» y para que la nobleza y la gendarmería dejara sus atrincheramientos y se arrojara corriendo al campo abierto. Pronto se aprovecharon los imperiales de su imprudencia. El marqués del Vasto estrecha sus líneas, penetra con ellas en las filas francesas por el lado que habia dejado descubierto la gendarmería, y da una mortífera carga á los suizos y á los alemanes. Los suizos, olvidando su antiguo valor, abandonan el puesto, y la guarnicion de Pavía penetra por medio de una division francesa, y se incorpora á la hueste del marqués del Vasto. El de Pescara, viendo venir á su frente un numeroso cuerpo de tropas: «Ea, mis leones de España, les dijo á los suyos, hoy es el dia de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de pécoras...» Hicieron una descarga los lansquenetes alemanes al servicio de Francia, mas como volviesen las espaldas, segun su costumbre, para cargar de nuevo. «¡Santiago y España! gritó el marqués, ¡á ellos, que huyen!» Y sin dejarlos respirar dieron sobre ellos los arcabuceros españoles, entre ellos los vascos, famosos por su certera puntería, de tal manera que en brevísimo tiempo sucumbieron mas de cinco mil hombres, cayendo los que pensaban salvarse en manos de la compañía del capitán Quesada, que venia en ayuda de sus compatriotas.

Lannoy, Borbon, Alarcon, todos los gefes de los imperiales se conducian no menos bizarra y heróicamente, arrollando la hueste que á cada cual le tocó combatir. El veterano La Paliza, el mas ilustre de las capitanes franceses formados en la guerra de Italia, murió peleando en primera fila al frente del ala derecha. Diesbach, el gefe de los suizos, que habia desdeñado seguirlos en la retirada, buscó y halló la muerte en lo mas espeso de las filas imperiales; y Montmorency, que mandaba una de las alas del ejército francés, cayó prisionero. El defensor de Pavía, Antonio de Leiva, que se hallaba enfermo, se hizo sacar en una silla á la puerta de la plaza, y allí con mil soldados españoles y tudescos tuvo entretenido un escuadron italiano de los del ejército francés, impidiendo que fuese á la batalla. El marqués de Pescara se metió de tal manera y tan adelante por entre los enemigos, que en mas de media hora no se supo de él, hasta que se le vió llegar herido en el rostro y en la mano derecha, y todavía sentia caliente entre el vestido y la carne una bala de arcabúz que le habia traspasado el coselete. En sus armas se conocian muchas mellas de alabarda y de pica, y su caballo Mantuano volvia acribillado de cuchilladas. «¡Oh Mantuano! esclamaba él ¡pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida!» Pero el Mantuano murió á poco de esta esclamacion de su dueño.

Manteniase ya solamente el combate en el centro en que estaba el rey Francisco, el cual en una carga desesperada de caballería mató por su mano al comandante de un cuerpo de caballería imperial italiana. Mas los intrépidos montañeses de Vizcaya y Guipúzcoa se deslizaban y escurrian por entre las patas de los caballos, y fueron dando cuenta de los mas famosos capitanes franceses, Longueville, Tonnerre, La Tremouille, Bussy d' Amboise, el almirante Bonnavet, el capitán de aquella catástrofe, y cuya muerte fué sentida, todos fueron cayendo al lado de su rey. Solo el duque de Alenzon, que mandaba el ala izquierda, viéndolo todo perdido para los franceses, tomó, ó cobarde ó prudentemente, la fuga, arrastrando consigo toda el ala.

El rey Francisco, decidido á no sobrevivir á su derrota, luchó hasta el último momento. Herido y fatigado su caballo, dió con él en tierra. Un soldado vizcaino que le vió caer corrió á él, y poniéndole el estoque al pecho le intimó que se rindiera sin conocerle. «No me rindo á tí, le dijo, me rindo al emperador: yo soy el rey.» En esto, llegóse allí un hombre de armas de Granada, llamado Diego Dávila, el cual le pidió prenda de darse por rendido, y el rey le entregó el estoque, que llevaba bien ensangrentado, y una manopla. Entre él y otro hombre de armas español, llamado Pita, le levantaron de debajo del caballo, y hubieranle tal vez muerto los arcabuceros,

no creyendo á los que le llevaban y decian que era el rey, si á tal tiempo no se hubiera aparecido allí Mr. de La Motte, grande amigo de Borbon, que al conocerle dobló la rodilla y le quiso besar la mano. Los soldados le tomaban los penachos del yelmo, le cortaban pedazos del sayo que vestia, y cada uno quiso llevar alguna reliquia del ilustre prisionero para memoria <sup>(1)</sup>.

(1) Relacion individual de los personajes franceses muertos ó prisioneros en la batalla de Pavía. (Sacada de los documentos oficiales publicados de orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847.)

*Príncipes y señores muertos.*

El duque de Suffolt, á quien pertenecia el reino de Inglaterra.  
Francisco, señor de Lorena.  
Luis, duque de Longueville.  
El mariscal La Tremouille.  
El conde de Tonnerre.  
El mariscal de Chabannes, primer mariscal de Francia.  
El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrec.  
El príncipe bastardo de Saboya, gran maestro de Francia.  
El general Bonnavet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.  
Mr. de Buxi d'Amboise.  
Mr. de Chaumont d'Amboise.  
Mr. de Sainte-Mesmes.  
Mr. de Tournon.  
Mr. Chataigne.  
Mr. de Morette.  
El bastardo de Luppé, preboste de palacio.  
El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.  
El señor Laval de Bretagne.

*Príncipes y capitanes prisioneros.*

El rey de Francia.  
El rey de Navarra (el príncipe Enrique de Albret.)  
Luis, señor de Nevers.  
Francisco, señor de Saluces.  
El príncipe de Talemont.  
Mr. d'Aubigny.  
El mariscal de Montmorency.  
Mr. de Rieux.  
Mr. de Chartres.  
El señor Galeas Visconte.  
El señor Federico de Bauges.  
El conde de Saint-Paul, hermano del duque de Vendôme.  
El hijo del bastardo de Saboya.  
Mr. de Brion.  
El gobernador de Limosin.  
El baron de Bierry.  
Mr. de Bonneval.  
El baile de París.  
Mr. de Viot.  
Mr. de Charrot.  
El baile de Bugency.  
El señor de la Chartre.  
Mr. de Boise.  
Mr. de Lorges.  
Mr. de Moni.  
Mr. de Crest.  
Mr. de Guiche.  
Mr. de Montigent.  
Mr. de Saint-Marsault.  
El senescal d'Armagnac.  
El vizconde de Lavedan.

Divulgada la prision del rey Francisco, muchos caballeros franceses de los que se habian puesto ó pudieran ponerse en salvo, se dieron voluntariamente á prision de los españoles, ofreciendo grandes rescates y diciendo: «No quiera Dios que nosotros volvamos á Francia quedando prisionero nuestro rey.» Todos los gefes imperiales se fueron uno tras otro presentando al prisionero monarca, é hincando ante él la rodilla en señal de acatamiento, y él recibió sucesivamente con buen semblante al marqués de Pescara, al virey Le Roy, al señor de Alarcon y al marqués del Vasto, á quien manifestó los muchos deseos que habia tenido de conocerle, aunque no en aquella situacion. Llegóse por último el duque de Borbon, su pariente, y arrodillado delante de él como todos: «Señor, le dijo, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la ne-

Mr. de la Clafette.  
Mr. de Poton.  
Mr. de Changy.  
Mr. de Aubijon.  
Mr. d'Annebaut.  
El hijo de Mr. de Tournon.  
La Roche-Aymond.  
La Roche du Meyne.  
Mr. de Clermont.  
Mr. de Saint-Jean d'Ambornay.  
Mr. de Vatithieu.  
Mr. de Silans.  
Mr. de Boutieres.  
Mr. de Barbesieux.  
El poeta Clemente Marot.

Despojóse al rey prisionero de sus armas, y le fueron enviadas á Carlos V. como uno de los mas

preciosos trofeos de la victoria. La espada se depositó en el alcázar de Toledo, y la armadura del cuerpo fué llevada á Alemania. En 1806 se conservaba todavía en Inspruck, de donde la recobró en dicho año el príncipe de Neuchâtel, y el emperador Napoleon la hizo colocar en el museo de artillería de París, donde se enseña todavía.—La espada, cuyo puño en forma de cruz es esmaltado, con adornos de oro en que se distingue la salamandra emblemática, se hallaba en la Armería Real de Madrid, y de aqui la sacó Murat, gran duque de Berg, en 1806, y la hizo trasportar con gran ceremonia á Francia.